



# La sonámbula

## Miquel Molina

DESTINO

# La sonámbula

Miquel  
Molina

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1419

© Miquel Molina Muntané, 2018  
Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

© Editorial Planeta, S. A. (2018)  
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.  
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona  
[www.edestino.es](http://www.edestino.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: enero de 2018

ISBN: 978-84-233-5318-7  
Depósito legal: B. 28.742-2017  
Impreso por Black Print  
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# I

## Marta

He pasado las últimas semanas de mi baja por ansiedad explorando el firmamento con un telescopio casero. Admito que eso de explorar las estrellas suene pretencioso, pero es relativamente sencillo si tienes un telescopio de los que llaman automatizados. Reconozco también que con tanto automatismo te pierdes lo que aprenderías si tuvieras que echar mano de los mapas celestes, como se hacía antiguamente. Eso sería lo más aconsejable. Pero, para las personas impulsivas y caprichosas como yo, indicar el nombre del planeta y ver cómo el telescopio te conduce hasta él es un placer irresistible.

Ahora, querido, llévame a Saturno sin pasar por Júpiter.

Como toda persona que se inicia en la astronomía, invertí mis primeros días en observar la superficie de la Luna. Siempre encontraba el momento de echarle un vistazo. Me encantaba pasearme por el satélite buscando esas formaciones colosales que aprendí a distinguir de niña con la ayuda de las guías del universo, como el circo de Clavio, que aparece en la novela de Verne, mi paisaje lunar preferido. Supe que se

había formado en el período neotártico. ¿Suena bonito, verdad? Estremece contemplar el detalle de un mundo tan distante desde la terraza de casa, he pensado muchas veces durante estas semanas. En realidad, es la misma sensación que tiene cualquier niño al que regalan su primer telescopio.

Yo soy esa niña, sólo que éste es mi último telescopio.

Me metí en esta baja laboral para no tener que tomar decisiones. Decidir cómo iba a afrontar las clases me provocaba una terrible ansiedad y así lo entendió el médico. Pude convencerle de los estragos que las situaciones complejas habían causado en mi sistema nervioso. Exageré mi sonambulismo, que ya apenas se manifiesta. Inventé despertares con ataques de pánico. De hecho, se sorprendió al saber hasta qué punto un empleo aparentemente tranquilo puede convertirse en un remolino que te arrastra hasta lo más hondo. O en un tornado que te expulsa hacia el espacio. Charlamos durante más tiempo del habitual en este tipo de consultas. Su interés me pareció sincero. Estuvimos de acuerdo en todo. Él me recetó unos antidepresivos y yo acepté tomarlos, aunque no tenía la más mínima intención de hacerlo. Cuando me iba, me sugirió que viera películas antiguas donde no salieran pantallas ni teléfonos móviles.

Así que alternaba viejas películas que veía en mi ordenador con paseos por la Luna y los anillos de Saturno, aunque eso fue en una fase más avanzada de mi baja.

Las películas antiguas, con sus tramas simples, me ayudaron a ahuyentar la complejidad que me

estaba matando. Con ellas conseguía quedarme dormida.

Recuerdo una en la que uno de los protagonistas, un agente de seguros, escuchaba una voz en el interior de su mente. Era una vocecita que le avisaba de que un sospechoso trataba de tomarle el pelo. Pero lo que escuchaba ese individuo era eso y sólo eso: una voz de alerta. Un resorte básico que se activaba en algún lugar de su mente.

Yo, en cambio, para conseguir la baja, dije a mi médico que escuchaba voces múltiples y de origen confuso. Una polifonía diabólica, creo que le comenté, abriendo mucho los ojos para parecer una demente.

—¿Alguien que no existe le dice cosas? —me preguntó con sorna.

—No. Lo que escucho son órdenes y contraórdenes cruzadas que se anulan entre sí y me impiden decidir. Por eso camino dormida y sueño despierta, por eso como mucho o nada y por eso me he retirado del sexo.

¿Exageraba?

Sería honesto decir que sí. Creo que intentaba escapar de los líos laborales y amorosos en que andaba metida. Buscaba la huida de una mediocridad que no me merecía. Una mediocridad convulsa, pero mediocre al fin. No es que no estuviera enferma. Es que mi enfermedad era de improbable diagnóstico para un médico habituado a lidiar con empleados tramposos.

Y, sin embargo, lo convencí.

Me ayudaron las profundas ojeras que iba incubando y un agarrotamiento en la mano derecha causado por una mala posición en la cama (dormía enci-

ma de ella), pero que a él debió de parecerle una señal inequívoca de desquiciamiento.

Sigo.

Al cabo de pocas semanas sucedió algo inesperado: cuando me relajaba pensando que por fin había conseguido librarme de la obligación de ir a trabajar cada mañana, de repente, en cuestión de pocos días, sin que lo viera venir, acabé sucumbiendo sin remedio a los mismos síntomas de abatimiento que había exagerado en mis visitas al doctor. Fue, en pocas palabras, un estado patológico de tristeza inducido por mi propio deseo de tristeza.

Si algo no me falta es clarividencia, un don que tenemos las personas propensas a la melancolía que es a la vez una desventaja. Somos capaces de ver los andamios que sujetan el cartón piedra de las fachadas más bonitas. El polvo encima de los armarios de los hoteles de lujo. La enfermedad que avanza sigilosa entre las vísceras de las personas sanas. Las nubes que vendrán. La oscuridad en las mañanas luminosas. Lo percibo todo antes que nadie pero no me sirve de nada. Y así resulta muy difícil ser feliz.

Me conozco ya lo suficiente como para saber que cuando enumeraba al doctor mis dolencias no lo hacía con ánimo de engañarle, sino para ayudarle a ganar tiempo en su diagnóstico.

Suena extraño, supongo, pero, como decía, así estoy. Víctima de la ansiedad en el parte médico y abatida en el sofá. Entregada a mis viejas películas y a mis galaxias aún más antiguas.

Bueno, a eso y, hasta hace poco, a mi vecino Fidel y su mundo complejo.

Lo de Fidel sí que me expuso a demonios desconocidos. Lo de Fidel y aquellos golpes en mi puerta una mañana de febrero y todo lo que aconteció después. Han pasado seis meses.

Si algún día escribiera esta historia, empezaría diciendo que una mañana de invierno escuché fuertes golpes en la puerta de mi piso.



## 2

# La mujer que esperó la muerte en manos extrañas

La ducha matinal es una de las pocas certezas de las personas atacadas de tristeza. Gracias a ella sabemos cuándo acaba un día y empieza el otro. Es mi momento de placer más fiable desde que me dieron la baja.

Por eso, porque no quería abortar ese cálido deleite, me costó aceptar que alguien estaba aporreando la puerta. Los golpes se alternaban con largos timbrazos.

Al final cedí. Salí a abrir con un albornoz como única prenda y me encontré frente a una mujer desconocida. Era muy joven, latinoamericana.

—¡Ayúdeme, por favor! La señora del piso de abajo está mal, *abocarriba* en el baño. Creo que se va a morir. Me la he encontrado en el suelo cuando he venido a limpiar. ¡Se *degonzó*! ¡Dios mío, no sé qué hacer!

Apenas conocía a mi vecina de abajo, la del sexto, y eso que en esta escalera sólo hay un piso por rellano. Era una mujer de unos ochenta años que casi nunca salía de casa. La había visto dos o tres veces. El día que entraron a robar en mi piso también intentaron forzar su cerradura, aunque no llegué a hablar con ella. Lo supe por la chica del cuarto. En una de las pocas

reuniones de la escalera a las que he asistido hablaron de la anciana como de «la francesa», aunque la vecina del cuarto precisó que no era francesa, sino que había vivido en Francia. Siempre iba acompañada de un hombre alto y elegante que debía de ser su hijo. Con él si que me crucé más a menudo. Una noche subimos juntos en el ascensor y creo que tuvo que esforzarse para no mirarme. Fue una situación algo incómoda; el aparato no llegaba nunca a su destino y se le notaba cohibido. Un sábado me lo encontré solo en la terraza del bar que está delante del supermercado en el que suelo comprar. Cuando me vio, se llevó el teléfono a la oreja. Su reacción me hizo pensar que era un tipo muy tímido. Pero tanto él como la que debía de ser su madre eran vecinos muy tranquilos. No molestaban. Aún diría más, su piso era una tumba.

Aquella mañana, con el pelo aún mojado y ya en tejanos y camiseta, salí al rellano acompañada por la joven asistente y me metí en casa de la vecina. De entrada, me sorprendió la cantidad enorme de cuadros que había en las paredes. Casi todos eran paisajes de montaña. También llamaba la atención que los muebles, los cortinajes y las lámparas fueran de épocas pasadas. Aquel piso parecía detenido en el tiempo. Había un mapa de Urano titulado en alemán «El planeta azul», enmarcado en madera negra envejecida.

—¡Está aún allí, en el baño, deprisa!

Mientras corría al encuentro de la enferma, me impuse a mí misma que viera lo que viera en aquel lavabo iba a actuar como una extraterrestre. De ninguna manera dejaría que me afectara. Suciediera lo que sucediera allí abajo, volvería a mi casa y reanuda-

ría mi ducha donde la había dejado. Mi equilibrio vital era demasiado frágil como para no defenderlo a muerte. No podía tolerar interferencias en mi estado de ánimo.

Interpretaría un papel, como si aquello no fuera conmigo.

—¡Quieres hacer el favor de callarte, niña! Busca toallas secas donde sea para ponérselas debajo, y cuando acabes llama a una ambulancia. Al 061. Rápido, por favor. ¡Deja de llorar, joder! Ya lloraremos después.

Bloqueada por el desconcierto, la chica no daba una a derechas. Pensé que era urgente que aquella anciana entrara en calor, porque tenía ya el frío de la muerte. Me la había encontrado tendida en el lavabo. Respiraba, pero no sé si entendía mis palabras. Los ojos los tenía muy abiertos, eso sí. Supuse que había sufrido un ictus durante la noche y que ya no se había podido incorporar. Le alisé el pelo blanco para calmarla. Procuré deslizar mis dedos con mucha parsimonia entre sus contados cabellos, acariciándola, como me gustaría que hicieran conmigo si una noche me toca esperar a la muerte en manos extrañas.

En un momento determinado pareció que iba a decir algo, pero lo único que pude escuchar fue un silbido incomprensible, una vocal «i» entrecortada por la falta de aliento.

—¿Vive la señora? —me preguntaba la joven cada dos por tres con un nerviosismo que me sacaba de quicio. No debía de tener ni veinte años.

—Sí, pero no sé hasta cuándo. Tranquilízate de una puta vez, por favor.